

Historias mínimas de una crisis máxima

Rafael Chirbes; *En la orilla*, Anagrama, Barcelona
2013, 437 págs.

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio «El Salvador» (Zaragoza)
E-mail: jsanz@jesuitaszaragoza.es

literatura

«Acabada la cremá, ha vuelto la noche».

Pocos escritores son acreedores, no ya de uno sino de dos momentos en el prestigioso programa de Reich-Ranicki para la televisión alemana. Pero no: Rafael Chirbes es poco amigo del ruido mediático. Se dice del mundo literario que hay dos tipos de escritores: los que necesitan hacer mucho ruido alrededor de sus libros porque estos por sí solos hacen bien poco, y los que prefieren dejar que hablen sus páginas.

Chirbes llegó a las manos de los lectores con hace ya casi treinta años con *Mimoun*, una excelente novela que fue finalista del Premio Herralde en 1985. Le han seguido unas cuantas, no demasiadas. No es amigo de sujetarse a plazos de mercado, calenturas o estelas de éxitos anteriores: hasta que una novela no está bien cocida no verá la cruda maquinaria de la imprenta. Es lo que le ha sucedido a esta extraordinaria *En la orilla*, posiblemente de mayor calado aún que *Crematorio* –que no

es decir poco–: hablamos de la que fue catalogada como la mejor novela española de principio de siglo en 2006. Antes de esta impactante madurez creativa, Chirbes había repasado las entretelas de los colectivos políticos en *En la lucha final* (1991), el balance vital de las cenizas de la guerra y la posguerra en *Los disparos del cazador* (1994), la necesidad de la memoria en *La larga marcha* (1996) y *La caída de Madrid* (2000), las posibilidades del individuo para determinar mínimamente el curso de la historia en *Los viejos amigos* (2003) y los entresijos de la corrupción urbanística en *Crematorio* (2006), entre otras novelas de mayor o menor impacto. Pero *En la orilla* es otra cosa: se trata de un tránsito que nace de un fracaso personal y viaja a través de una familia desmantelada por la crisis hasta los lindes de una estructura económica y social edificada sobre el vertedero moral del capitalismo especulador. ¿Hay otro? Parece que no. Chirbes no deja títere con cabeza: el liberalismo suave y sedante de Zapatero y la

dictadura financiera de Rajoy no son sino los cantos de un mismo plato de sopa.

¿Dónde colocar a Chirbes en el panorama literario español? No tiene sitio. Es único. Quizá convenga estirar un poquito nuestra mirada y atarle a ese cabo que empezó con el Lazarillo y llegó en el siglo XIX a Galdós, en el siglo XX a Max Aub y en sus confines a purasangres como Zarraluqui, Atxaga, Llamazares, Martínez de Pisón, Cercas o Sánchez Ostiz, escritores que no esconden sus palabras pero a los que poca gente conocería por sus rostros.

En la orilla comienza con una terrible cita de *Jacques le fatalista et son maître*, de Diderot: «J...ded como asnos acalorados, pero permitidme que diga la palabra j...der; os cedo la acción, dejadme la palabra». La narración que se despliega a continuación es descarnada como la vida misma: gente fuera de lugar, lejos de sus propias vidas, queriéndose beber a tragos lo que debiera saborearse gota a gota, tratando de abrir puertas a aldabonazos, comprando o vendiendo cualquier cosa que pueda tener precio aunque no tenga valor alguno. Estamos ante una novela que huele, hiede a la descomposición que nos rodea, que se lee con el estómago encogido pero que fluye con una asombrosa facilidad y que azota

al lector con una realidad tan evidente como una traca de feria: nadie pudo estar tan dormido como para no despertarse cuando sonó, y eso que esta crisis llevaba petardeando largo tiempo... Ya la vio Chirbes en *Crematorio* allá por 2007, una novela que había sido iniciado cuando «España iba bien» (Aznar) y quizá gestada cuando en este país, se decía que «el que no se hacía rico es porque no quería» (Solchaga). *En la orilla* no es una novela de ideas, ninguna de las novelas de Chirbes lo es; los personajes, con sus dinámicas y sus deseos, descodifican la realidad con una sencillez apabullante. Las grandes teorías que tratan de interpretar la realidad son sumatorios de pequeños gestos pulsionales –sexo y dinero en origen– que tejen los mimbres del cesto en el que estamos encerrados: esa factura que pagamos sin IVA; ese hombre de negocios que pasa una semana de desenfreno en un yate de lujo en Denia mientras su esposa lo cree en Vigo, trabajándose unas negociaciones en una convención; ese especialista en avales que nadie podrá cubrir y que acabará pagando quién no debía; ese hombre que bebe vinos cuya etiqueta memoriza y apunta en una libreta, oculto en el wáter del restaurante, sin comprender nada mas allá del precio exorbitante que deberá pagar alguien al acabar la cena; esa astucia que se

Historias mínimas de una crisis máxima

empeña en seguir adelante hacia su ruina, consciente de que la caída es solo cuestión de suerte y de escrúpulos: quien los tenga, habrá perdido la partida. La vida es una busca sin fin.

Pero que la vida era un asunto complejo, ya lo sabíamos sin necesidad de leer a Chirbes. Esta novela no hace grandes interpretaciones sino historias mínimas que son por desgracia demasiado frecuentes. La historia es, como decíamos mínima: Esteban, un carpintero que tuvo un negocio floreciente durante el *boom* de la construcción en Olba, pequeña localidad ficticia cercana a Benidorm, acaba de cerrar su empresa dejando a cinco trabajadores en el paro; su padre, enfermo terminal, vive sus últimos días junto a ese hijo del que quiso que fuera escultor; el progenitor tuvo un pasado republicano del que nunca renunció, y tiene pensamientos duros para sus antiguos correligionarios, esos que vistieron el mono azul antes de la guerra, la corbata o mantilla durante la obligada misa de domingo después de la guerra, la respetable chaqueta de las delaciones al oído del comisario para granjearse la confianza del nuevo régimen, y acabaron rescatando aquellas primeras fotos, descamisados ante la tricolor, cuando la socialdemocracia llegó al poder. Esteban vive una vida que se apaga como la de

su padre, engañado por su socio, abandonado por los bancos que ayer le abrían la puerta con el resabiado «Don Esteban» por delante, herido por dos mujeres –Liliana, que cuida a su padre y a la que acabará por despedir al no poder pagarle; Leonor, cocinera de prestigio, que acabó marchándose con Francisco, su amigo fraternal, quien vive escribiendo sobre vinos de lujo– y derrotado por un sistema de relaciones que no supo leer a tiempo y que le pilló con los pantalones a medio subir. La pequeña localidad de Olba está en la orilla de un pantano que ahora es ciénaga y que amenaza con tragarse el universo de Esteban. «Los tambores sordos de la vejez» que dice Christian Bobin, van sonando de fondo con un martilleo persistente que afecta a la vida de Esteban, pero también a la corrompida sociedad de Olba y, como toda metáfora que se precie, a la vida española en su conjunto. Pocos como Chirbes son capaces de descifrar con palabras la espesa geografía de un pantano. Por que es ahí donde estamos sumidos, en una ciénaga moral como la que habitan los personajes de *En la orilla*, crónica de la podredumbre y descomposición a la que ha ido a parar esta tierra.

La narración de esta novela coral se despliega en dos coordenadas técnicas: por una parte, la prime-

Jorge Sanz Barajas

ra y tercera persona; por otra, el estilo libre y el monólogo. En este asunto, Chirbes es un verdadero maestro sin igual, capaz de manejar el ritmo con la habilidad de un relojero, al punto que cuanto más se espesa el ambiente, más lúcido se muestra el escritor. La tensión verbal, tejida en frases largas que saltan de lo más oral a lo más profundo, se ajusta a la mentalidad envejecida de Esteban: las voces interiores, los diálogos a medias, las miradas cargadas de rencor, de miedo o de nada, van cuajando una historia sin trama ni aparente dirección. Los personajes luchan por la vida con una pulsión cruda y animal en un mundo que bracea en las arenas movedizas de la crisis. No encontraremos en la novela ni una sola concesión al sentimiento vacío o la emoción estéril. Ahora están todos en la orilla, contemplando impotentes cómo se hunde poco a poco en el fango un mundo de cremà que generó mucho ruido, mucho polvo y poco o ningún poso, ninguna levadura con la que fermentar un nuevo pan de vida.

Rafael Chirbes es quizá el narrador más lúcido del que disponemos para este tiempo de fractura. Nos muestra las fronteras a las que nos enfrentamos sin juicios ni apelaciones. Pocos creían superable *Crematorio* como disección moral..., *En la orilla* la sobrepasa. Si quiere usted leer lo que verda-

deramente piensa Chirbes, no deje pasar la entrevista «Todas las luchas literarias son luchas políticas» que Ángel Ferrero le hace en la web sinpermiso.org. Y es que estamos ante una novela que no se desgastará con el tiempo ni que pretenda explicar por sí sola el conjunto de la crisis. Se trata más bien de una novela que espera compañeras de viaje. Es una pieza más del gran mosaico de la realidad, pero no una pieza cualquiera: antes bien una pieza crucial. Hay novelas que engastan la vida y otras que simplemente la adornan, novelas que cifran las cuentas de la realidad y novelas que cuelgan de las perchas del ropero como esa chaqueta que solo te pusiste una vez y nunca más volverás a vestir... Ésta de Chirbes es una de esas novelas que habilitan el complicado puzzle que tenemos en la mesa de la historia varias rutas a la vez.

Mi maestro Manuel Tuñón de Lara decía que es un historiador podría interpretar el siglo XIX leyendo a Galdós o el siglo XX con Max Aub. Creo que cada vez es más difícil entender el siglo XXI sin Chirbes. No hay trampas en sus novelas ni medias verdades, no hay calles de dirección única o bifurcaciones extrañas, sólo historias que tejen y destejen un tapiz reconocible. Leer a Chirbes es como contemplar la lucidez de Francis Bacon o El Bosco, o sentir

Historias mínimas de una crisis máxima

el temblor en el fondo de sus frases que uno puede oír en las narraciones de Thomas Bernhard o la música de Kurt Weill. Debe ser cierto que la edad te da una visión lúcida de las cosas turbias: Chirbes la tiene. ¿La verdad? No se deja cercar fácilmente. Christian Bonin tiene un hermoso aforismo al respecto: «¿La verdad? es un ambiente: se abre un libro,

se está en un lugar y se sabe». Los libros de Chirbes no la esconden: salta a la vista como cuando abres una gatera a la calle en una mañana fresca de verano, pero el desasosiego de su lectura no te lo quita nadie, un desasosiego perro, de esos que te hacen pensar: y pensar, como todo el mundo sabe, como sabe Chirbes, pensar estorba. ■

